 Tiempo de lectura: 6 min.

El salesiano filipino don Ding cuenta cómo nació su vocación misionera y cómo es la vida de la misión salesiana en el sur de Argentina, entre escuelas, parroquias y barrios pobres. De Filipinas a los barrios periféricos de Buenos Aires

Desde 1875, cuando la primera expedición enviada por Don Bosco llegó a Buenos Aires, Argentina no ha dejado de acoger a misioneros salesianos. Al principio eran italianos; después florecieron las vocaciones locales, pero aún hoy hay quienes dejan su tierra para servir a los jóvenes de este país. Es el caso de don Jose Armando Cortez, a quien todos llaman «Ding», un salesiano filipino al que conocimos hace pocos años, al comienzo de su experiencia misionera. Hoy repasa su vocación, los tres destinos que le han permitido conocer distintas facetas de la misión y los retos que aguardan a los salesianos en Argentina.

La llamada en el oratorio

Soy don Jose Armando Cortez, pero todos me llaman Ding. Vengo de Filipinas y soy misionero en Argentina: actualmente estoy en la obra Don Bosco Itatí, en la Inspectoría Argentina Sur, con sede en Buenos Aires.

Descubrí mi vocación durante los años que pasé en el oratorio Don Bosco, en Filipinas. Crecí junto a muchos salesianos que todos los sábados y domingos trabajaban, jugaban y rezaban con nosotros, los chicos. Sentí la «llamada» en 1988, durante las celebraciones del centenario de la muerte de Don Bosco. Acompañado por el director del oratorio, don John Cabrido, a quien admiro mucho, y por el entonces asistente, Manuel Domingo, hoy sacerdote, decidí intentar entrar en el seminario. El resto es historia.

Lo que más me atrajo fue la presencia constante de los salesianos y su empeño por ayudarme a mí y a mis compañeros a crecer y madurar como personas. En el oratorio siempre estábamos ocupados y felices: nos sentíamos en familia. Eso fue lo que me impulsó a responder a la llamada y a seguir el ejemplo de los salesianos de

Don Bosco.

Las lágrimas en Papúa Nueva Guinea

Empecé a reflexionar seriamente sobre la vocación misionera cuando asistí en Papúa Nueva Guinea a la ordenación episcopal de monseñor Peter Baquero, salesiano. Acababan de nombrarme delegado inspectorial de animación misionera y, en calidad de tal, representaba al inspector. No sé qué ocurrió, pero cuando la gente empezó a cantar en *tok pisin* (lengua pidgin), un idioma que no entendía, se me saltaron las lágrimas y no dejaron de correr durante toda la celebración. Era como si Dios me dijera: «Estoy aquí, estoy aquí».

Recé durante mucho tiempo, hablé con mi director espiritual y pedí consejo a algunos hermanos y amigos. El discernimiento duró cuatro años; al final escribí al Rector Mayor y, por gracia de Dios, mi petición fue aceptada.

Partir sin elegir el destino

Don Václav Klement, que fue consejero general para las Misiones, me había explicado que quien pide partir no debería indicar en la carta el país al que desea ir: la elección corresponde al Rector Mayor. Seguí su consejo. Tras unas semanas de espera, don Alfred Maravilla, entonces consejero general para las Misiones, me comunicó que el Rector Mayor me enviaba a la Patagonia, en Argentina.

Dejé plenamente en manos de los superiores el discernimiento sobre mi destino. Hay algo que sé: Dios me pide que le entregue un poco más de mi vida. En cuanto al lugar, lo dejo en manos de su gracia.

La preparación y el reto del idioma

Para las misiones solo me preparé con los cuatro años que pasé como delegado de animación misionera de mi inspectoría y con el curso para nuevos misioneros en Italia, que fue más breve de lo habitual debido a la pandemia. Esta preparación podría enriquecerse con una estancia previa de aproximadamente un año en el país

de destino, para conocer de verdad a los hermanos, la cultura y el contexto, sin limitarse a las clases teóricas del curso: sé que el Sector para las Misiones está reflexionando y trabajando en esta dirección. El idioma, en particular, es una cuestión decisiva: puede determinar el éxito o el fracaso de un misionero. Disponer de más tiempo y sumergirse más en la lengua y la cultura antes de partir sería de gran ayuda.

Tres destinos, tres rostros de la misión

En Argentina he recibido tres destinos que me han permitido conocer tres realidades distintas. En La Boca, en Buenos Aires, me dediqué sobre todo al apostolado en la escuela y, en menor medida, a la vida parroquial. Fue mi primer destino: un tiempo de formación, inmerso en la realidad de la capital, y también un periodo para acostumbrarme al clima, la comida y la manera de hacer las cosas.

En Villa Regina, en la provincia de Río Negro, en la Patagonia, conocí la vida parroquial y una cultura distinta de la urbana de Buenos Aires. Allí aprendí mucho sobre cómo afrontar las situaciones y trabajar con la gente.

Ahora, en Don Bosco Itatí, trabajamos sobre todo con los pobres de las *villas*, los asentamientos informales de la periferia. Poco a poco me estoy adentrando en las realidades más duras: la pobreza, las drogas y la difícil situación de quienes viven en los márgenes de la ciudad, una situación que golpea con tanta dureza a los jóvenes.

Párroco después de tres años

El año pasado fue exigente: aunque solo llevaba tres años en Argentina y apenas conseguía expresarme en español, me nombraron párroco. La mayor dificultad fue la comunicación. Me parecía demasiado pronto para confiar una función de dirección a un misionero recién llegado.

Luces y sombras

La Inspectoría Argentina Sur (ARS) está llena de vida: los hermanos son incansables y están presentes en la mayoría de nuestras obras, viven con gran austeridad y la vida comunitaria se percibe con fuerza. La nota negativa es que hay pocas vocaciones a la vida salesiana consagrada. Tengo la impresión de que los salesianos no proponemos de forma suficientemente explícita la vocación salesiana a los jóvenes a quienes servimos con tanta entrega, creatividad y alegría.

El país atraviesa una profunda crisis. La economía está en graves dificultades y eso pesa sobre todos: las preocupaciones y las penurias de los pobres también están presentes en nuestras conversaciones y en nuestra oración.

Otra realidad que me ha llamado la atención es la fuerte secularización. Cuando daba catequesis a los alumnos de tercero de secundaria en Villa Regina, me sorprendió cuántos se declaraban ateos o no creyentes. Muchos jóvenes no entran en la iglesia, pero participan de buen grado en actividades de carácter religioso. La mayoría de la gente se declara católica o creyente, pero no practica.

Acogida y diferencias

Los salesianos argentinos son muy acogedores: el único verdadero obstáculo para la integración de los misioneros es el idioma. Han surgido algunas dificultades por diferencias de carácter, pero, en general, me he sentido bien tratado y acompañado. La gente también me ha acogido, aunque de distinta manera según el lugar. En Buenos Aires la cultura es más abierta, gracias a la gran variedad de personas y culturas que hay en la ciudad; en la Patagonia es algo más cerrada, quizá debido a la escasa población y a la concentración de algunos grupos étnicos en determinadas provincias. Además, fuera de la capital la gente me parece más religiosa y apegada a las tradiciones que en la ciudad.

Releer juntos la experiencia

Este año tuve el privilegio de participar en Montevideo, Uruguay, en el encuentro formativo para los misioneros salesianos enviados al continente americano en los últimos años. Encontrarme con hermanos más jóvenes me hizo valorar la generosidad de los salesianos de todo el mundo. Comprendo bien sus dificultades

con la cultura y el idioma, porque yo también las viví durante los primeros años.

Aproveché los momentos de silencio y oración personal para reflexionar sobre mi experiencia, con sus luces y sus dificultades. También intenté compartirla con los demás misioneros para que pudieran sacar algo de ella, y escuché sus historias, que fueron para mí una fuente de inspiración.

Recuerdo que, en mi tercer año, pude participar en el curso de inculturación que impartieron los claretianos en Córdoba. Fue para mí un profundo encuentro espiritual: me ofreció un espacio para compartir y reelaborar mi experiencia —también en inglés— con misioneros de otras congregaciones. Conocí las distintas realidades y culturas de Argentina, y eso me ayudó a dar sentido a lo que sentía en Buenos Aires y en Río Negro. En Montevideo vi el mismo efecto en los nuevos misioneros, que pudieron expresar los retos relacionados con la cultura, la convivencia con los hermanos y sus propias luchas interiores. Se nos ofreció un espacio para expresar lo que llevamos dentro y reelaborarlo con serenidad, en la oración y la fraternidad.

Los retos del mañana

A mi juicio, la creciente secularización y la inteligencia artificial son los retos que aguardan a los misioneros salesianos en Argentina y, creo, en todo el mundo. No será menos difícil despertar en los jóvenes, e incluso en nuestros hermanos, el deseo de convertirse en misioneros.

A todos los lectores del Boletín Salesiano OnLine: ¡gracias por dedicar tiempo a nuestros caminos de fe, mientras respondemos cada día a la llamada de la misión! Que vuestro corazón también se abra a la llamada de Dios a ser misioneros a vuestra manera, y que vuestra vida sea un camino que os lleve a servir a los demás, especialmente a los pobres, y a encontraros con el Dios que nos ama con un amor eterno. ¡Que Dios os bendiga siempre!

Marco Fulgaro